

MI IDEAL

Habéis perdido la esperanza. Dejad de fingir lo contrario. Nos habéis rodeado de noticias de catástrofes, malestar y violencia. Imágenes y palabras asfixiantes a las que habéis llamado “el mundo”. Y yo me pregunto: ¿qué va a ser de nosotros? ¿Qué va a ser de los jóvenes en esta sociedad que, para los adultos, solo va de mal en peor? Muchos dicen que no hay salida, pero yo me niego a aceptar que nuestro único destino es heredar un mundo que ya no funciona. No es optimismo, es que rendirse no es una opción y si no encontramos un camino hecho, tendremos que fabricarlo nosotros.

Quizá sea ingenuo o infantil pensar que las cosas pueden mejorar, pero yo me niego a heredar la desesperanza de los adultos. Sales a la calle y te invade el odio, mis vecinos se quejan de la inmigración, dejan pasar a ese incómodo huésped que es el odio a lo diferente, los llaman ‘moros’ o ‘panchitos’ y les instan a que vuelvan a su país, como si el mundo tuviera dueños.

Y vuestro odio. Aún recuerdo el estruendo de la bronca el verano pasado, cuando una de mis mejores amigas, Yasmin, apareció en la piscina del vecindario con un bañador distinto al de vuestras hijas, aunque en realidad, solo era un bañador más largo. Pero sus rasgos árabes, su vestimenta y su cultura alarmaron al vecindario. Nos da miedo lo desconocido y nos cerramos en banda al diálogo. La acusaron de sucia, dijeron que su vestimenta modesta traía suciedad a la piscina. Nos gritaron que nos fuésemos, que ese no era nuestro sitio, incluso avisaron al socorrista para que nos echara.

Yo no me moví. No soy distinta a esas vecinas, pero mi mirada sí lo es. Para mí Yasmin no es 'lo desconocido', no es 'un concepto' ni 'una amenaza': es una persona. Me da igual su religión o cómo decida cubrirse el cuerpo. He aprendido que la identidad de los demás no es algo que yo deba autorizar, no necesito tolerar su cultura, porque la tolerancia implica una superioridad que no tengo, lo que hago es reconocer su derecho a estar. Me quedé en esa piscina porque entendí que, si nos íbamos, el miedo ganaba. Y yo no he venido a este mundo a pedir permiso por ser quien soy, ni a dejar que mi amiga lo pida.

Fui a hablar con esas señoras, intenté explicarles que no había nada que temer. ¿Me hicieron caso? No mucho, no. Se les notaba la incomodidad y el rechazo transformado en miradas cargadas de odio. Pero a veces esa incomodidad es necesaria para que algo cambie. No voy a dejar de ir con mi amiga a la piscina, tengo la convicción de que esas miradas pueden cambiar, no es seguro que pase, pero voy a seguir ahí. Con esperanza. Sé que el cambio es posible porque yo misma he cambiado. No nací sabiendo qué era la inclusión, pero elegí abrir la mente para entender a los demás. He tomado mi decisión, no puedo controlar cómo actúan los demás, pero puedo controlar mis actos y no pienso dar ni un solo paso atrás.

Este texto tuvo otra versión. Una llena de ideas poéticas sobre mejorar el mundo, desde conseguir educación y sanidad de calidad para los países en desarrollo hasta campañas contra el matrimonio infantil y la violencia de género. Cuando mi tío la leyó, me dijo que era presuntuosa e irrealizable, y quizá tenía razón, era imposible abarcar todo eso y necesitaba una versión más centrada en mis experiencias personales, que es esta. Pero, también me

quitó la esperanza de un golpe. Ese texto sobre mis ambiciones más íntimas que me había encantado y me había costado tanto, de pronto me pareció tonto y falso. Pero la verdad es que no era nada de eso, era valioso, y aunque fuese un poco ingenuo, reflejaba mi juventud y mis ganas de comerme el mundo. Le pregunté: "¿Y por qué no puedo yo hacer eso?". Y justo ahí me di cuenta de algo, que muchos adultos se han dado por vencidos. Piensan que estamos completa e irrevocablemente perdidos. "Políticos corruptos, vivienda por las nubes, polarización..." Todo eso es verdad. Pero ¿qué vamos a hacer al respecto? No podemos quedarnos de brazos cruzados, no podemos dejar de votar, ni irnos de la piscina porque una vecina nos haga pasar un mal rato, ni tirar un ensayo porque alguien diga que te has pasado de soñadora.

Y yo pido a los adultos, por favor, enseñadnos cómo funciona este mundo, ayudadnos a convertirnos en el futuro, pero no nos quitéis la ilusión de que podemos cambiar el mundo, porque quizá es lo único que nos queda. Profesores, compartidnos vuestra sabiduría. Y padres, madres aprended tanto de nosotros como nosotros aprendemos de vosotros, dejad que os transmitamos un poco de esas ganas de comerse el mundo.

Nací en una familia monoparental con una madre y un hermano mellizo que fueron mi primer equipo, crecí en mi pequeño gran universo con una familia que siempre me ha arropado, con los mejores abuelos que puedo pedir y con unas amigas que me animan a seguir cada día. Ellas son mi mayor inspiración para una investigación que estoy haciendo con la UCM, la identidad de las mujeres árabes inmigrantes en Madrid, para que más escenas como las de la piscina no sucedan. Si pienso en las actividades en las que participo, todas tienen algo que ver con conectar con los demás. La oratoria me ha ayudado a expresarme claramente y a transformar ideas en soluciones. El teatro me ha enseñado a ponerme en el lugar de los demás, y el servicio en una ONG con personas del Trastorno Espectro Autista me ayudó a consolidar mi sensibilidad, aprender idiomas como el italiano y el inglés me ha dado una visión global y abierta del mundo y me ha abierto una curiosidad por explorar otros idiomas como el árabe o el francés. Pero más importante aún, ninguna de esas actividades tiene sentido sin esperanza. En los demás, en mí, y en lo que seremos capaces.

Como muchos jóvenes, no sé el nombre de mi futura carrera, pero sé lo que quiero. Me comprometo a no ser una espectadora de la injusticia mientras otros deciden por mí. Voy a defender la dignidad de quienes el sistema intenta silenciar. Mi compromiso es con mi familia, con Yasmin y con mi propia ambición. No voy a rendirme porque alguien diga que es imposible. Voy a trabajar hasta que el cambio sea inevitable.

Mi ideal es crear un futuro donde recuperemos la esperanza, no como un concepto abstracto, sino como algo real, ya que es la única manera en la que podemos empezar a crear algo mejor. Adultos, niños, mujeres y hombres, recuperemos la esperanza de crear algo mejor. No dejemos que el miedo, el odio, el cansancio o el cinismo se apoderen de nosotros. Enfrentémonos a la realidad no como algo irreparable y podrido, sino como algo de lo que somos responsables.

Recuperemos la esperanza. Aunque sea poco a poco. Aunque solo sea quedándonos en la piscina.